

EL INFLUJO DE LA CULTURA GRECORROMANA
SOBRE LA VIDA DE FRAY JUNÍPERO SERRA DE
FRANCISCO PALOU Y LA *HISTORIA DE LA ANTIGUA*
O BAJA CALIFORNIA DE FRANCISCO XAVIER
CLAVIJERO

J. LENS TUERO

El trabajo que presentamos aborda el estudio del papel de la cultura grecorromana en estas dos obras que refieren la acción de los misioneros en California. Se trata de textos que poseen entre sí una cierta similitud, que llevó a la Editorial Porrúa a editarlas juntas en un único volumen de su colección *Sean cuantos*, edición que seguimos ¹.

Entre los rasgos que comparten quizás el más significativo sea su carácter básicamente descriptivo, lo que hace que en ambos textos sean relativamente escasas las citas literarias. La principal diferencia estriba, a su vez, en que en la obra de Clavijero tiene un papel importante la descripción etnográfica de diversos pueblos aborígenes, mientras que esa inquietud es mucho menos marcada en Palou.

Consecuencia de estas circunstancias es el hecho de que en la *Relación histórica* de Palou las menciones de autores grecolatinos aparezcan concentradas en la parte inicial y en la final. Se trata, al comienzo, de la *Dedicatoria*, en la que el autor cita la *Carta 100* de Séneca (p. 4): *Animó mi inutilidad el reflexionar que iba á escribir, no para el oído, sino para el ánimo, como aconseja Séneca: Scribendum animo, non auribus.*

Una diversidad de autores grecorromanos son luego aducidos por Palou en el *Prólogo* (pp. 11 s.): *Por último tengo presente que ni Homero entre los poetas, Demóstenes entre los oradores, ni Aristóteles ni Solón entre los sabios, dejaron de errar; porque aunque eran eminentes sabios,*

1. Méjico 1970. Introducción de M. León-Portilla.

oradores y poetas, siempre fueron hombres. Es grande la miseria de nuestra naturaleza; mientras no dejen de ser hombres los que escriben, siempre habrá hombres que los noten.

Del cuerpo de la *Relación histórica* de Palou están notablemente ausentes las citas, tanto de autores grecorromanos como de pasajes bíblicos o de autores cristianos. Se trata básicamente de una presentación descriptiva de la actuación de los misioneros, en la que tiene un lugar notablemente pequeño la descripción etnográfica de las costumbres de los indios.

En cambio la parte final de esta *Relación histórica* reviste características diferentes. El capítulo final, significativamente, no aparece señalado, como los anteriores, con un numeral, sino con la denominación de *Capítulo último*. En él aborda Palou una caracterización de las virtudes de Fray Junípero, y aquí sí son frecuentes las citas bíblicas y de autores cristianos. Enlazada con ellas aparece una hábil utilización de un texto de Plinio en el que este autor, tan frecuentemente citado desde el Renacimiento, mencionaba la extraordinaria cualidad del árbol cuyo nombre coincidía con el del protagonista de la historia: la de que su sombra ahuyentaba las serpientes, de modo que los hombres podían dormir seguros bajo su sombra. Con rigor ejemplar por lo infrecuente Palou menciona la autoridad a través de la cual cita el texto de Plinio; se trata de Nicolás de Lyra (lib. 3, Reg. cap. 19 v. 5): *Juniperus arbor est crescens in desertis, cujus umbram serpentes fugiunt, et ideo in umbra ejus homines secure dormiunt.*

La presencia de la cultura grecorromana es más abundante en la obra de Clavijero, circunstancia que hay que poner en relación, entre otros hechos, con el de la importancia que en su obra posee la descripción etnográfica.

El primer ejemplo de utilización de la cultura clásica lo encontramos en relación con la etimología del nombre mismo de California (p. 10): *La etimología de este nombre no se sabe; pero se cree que el conquistador Cortés, que se preciaba de latino, llamaría al puerto donde abordó Callida fornax, a causa del mucho calor que allí sintió, y que o él mismo u otro de los que lo acompañaban, formaría con aquellas voces el nombre de California: si esta conjetura no es verdadera, es al menos verosímil.*

El nombre de California queda de esta manera ennoblecido al podersele adscribir una etimología latina, máxime cuando además la adjudicación de tal denominación cabe atribuírsela al propio Cortés.

Este testimonio de Clavijero relativo a un origen latino del nombre de California para dar cartas de nobleza, desde el comienzo mismo de la obra, el territorio cuya evangelización va a ser narrada, tiene un interés considerable, porque la etimología más divulgada no es ésta, sino la etimología vulgar que hace derivar el nombre del de la California mencio-

nada en las *Sergas de Esplandián*, novela de caballerías escrita como continuación del *Amadís de Gaula*.

El libro primero contiene una descripción de la *situación, terreno, clima, minerales, plantas y animales de la California*. Era inevitable que bajo estos epígrafes apareciese reiteradamente, como en efecto ocurre, el nombre de Plinio. Lo encontramos por vez primera con referencia al pez espada (p. 39): *El pez espada de la California parece ser el mismo que Plinio llamó xiphias o gladius; por lo menos en ninguno otro puede verificarse lo que de él cuenta aquel antiguo naturalista.*

El testimonio de Plinio es aducido luego (pp. 40-1) para otro pez: *El roncador se llama así porque cuando está fuera del agua ronca como si estuviera durmiendo. El doctor Hernández cree que este pez es el exocætus de Plinio; a lo menos lo que de él dice este último le conviene al roncador más bien que a aquel pez volador a que Linneo y Bomare dan el nombre de exocætus.*

El testimonio de Plinio es aducido en tercer lugar por Clavijero en relación con el animal llamado por los californios *tajé* (p. 46): *El tajé de la California es el ibex de Plinio y el bouquetin de Buffon. Lo mismo que dice Plinio del ibex cuentan los californios del tajé, sin haber leído ni aún oído mentar jamás a aquel naturalista; lo cual prueba la verdad de la descripción de Plinio y la identidad específica de estos animales. En su forma, color y tamaño, es el tajé lo mismo que el bouquetin, y su carne es comestible.*

En este pasaje Clavijero adopta ante el testimonio de Plinio una actitud que reencontraremos en el curso de su obra: la autoridad del clásico es aducida en la medida en que se ve corroborada por la realidad misma; a su vez el testimonio de la realidad, aunque sea en boca de un indio primitivo, vale tanto como el contenido de una cita de un clásico.

Dentro del ámbito de la historia natural encontramos una comparación entre la sabiduría de los antiguos filósofos y la de los indios primitivos en relación con el tema del *maná*; el resultado de la comparación termina por ser, en este caso, favorable al indio primitivo (p. 28): *En algunas partes se dan cerca de los torrentes cañaveras chicas y del grueso del dedo pequeño, o cuando más como el índice, de las cuales escogen las indias las más delgadas para sus vestidos, como adelante diremos. Esta cañita es en la California la única planta en que se ve el maná, sustancia dulcísima y blanquecina, que los cochimies llaman cude-sé, esto es, zumo de caña. El mismo nombre dieron a el azúcar cuando la conocieron y probaron, en lo que se ve que, aunque bárbaros, pensaron acerca del origen del maná mejor que nuestros antiguos filósofos, que le tuvieron por rocío.*

Fuera ya del ámbito de la ciencia natural, y entrando en el de la historia, dos pueblos antiguos del máximo prestigio, el romano y el cartaginés, son aducidos como *exempla* históricos, en concreto para suprimir cualquier desdoro a la tradición californiana de que su origen se encontraba en un pueblo septentrional que, derrotado en guerra con otro pueblo del Norte, había buscado refugio en la península (p. 51): *Acerca del origen de estos pueblos incultos nada podemos nosotros decir; ni ellos mismos, preguntados por los misioneros, sabían decir otra cosa sino que sus antepasados habían venido de las regiones septentrionales... Preguntándoseles la ocasión de esta venida, contestaban que había sido una guerra excitada entre sus antepasados y otro pueblo de Septentrión, en la cual, quedando aquellos vencidos, huyeron hacia el Mediodía y se refugiaron en los montes de la península. Así manifestaban sinceramente su tradición, sin avergonzarse de confesarse descendientes de aquellos fugitivos. No nos faltan en el antiguo continente, dice un sabio autor, ejemplos de semejante ingenuidad, pues los cartagineses y los romanos, pueblos tan famosos en la antigüedad, se gloriaban de tener su origen, aquellos de los tirios fugitivos y estos de los troyanos vencidos.*

Particular interés tiene la mención de autores grecorromanos en la parte de descripción etnográfica. Nos detenemos, primero que nada, en la mención de la no existencia de la covada entre los indios californios (p. 62): *En la California no estuvo en uso aquella extravagancia común a muchos pueblos bárbaros de ambos continentes, de acostarse el marido en vez de su mujer cuando esta paría. Lo que sí sucedía con frecuencia era, que no llevando aquellas mujeres la cuenta del tiempo de su preñez, solía llegarles el término de ella cuando se hallaban en el bosque recogiendo fruta, y pariendo allí, volvían inmediatamente a su residencia ordinaria a ponerse en reposo.*

La nota 20 pone de manifiesto que el texto tiene carácter polémico: *En la Historia española de la California se asegura que este uso es común en aquella península; pero esto es falso.* Ese mismo tono polémico se pone de manifiesto en la mención como autoridad para la práctica de la covada de Diodoro: *Diodoro Sículo hablando en el libro V de un pueblo de la Europa, ya culta entonces, dice: Mulieris exixae tulla in puerperio cura geritur, sed maritus ejus velut aeger et corpus male affectum habens, puerperae vice per certos dies decumbit.*

La intención del autor es claramente la de exculpar a los indios de la práctica de la covada, que es significativamente mencionada con la expresión *aquella extravagancia*; en segundo lugar Clavijero anota que dicha práctica es *común a muchos pueblos bárbaros de ambos continentes*, apuntando que incluso en el caso de que los indios de California la hubiesen observado (lo que no era el caso en la realidad), eran abundantes los paralelos. En ello abunda la nota 20, en la que es aducido el testimo-

nio de Diodoro como demostración de que la covada era practicada en *un pueblo de la Europa, ya culta entonces*.

La intencionalidad exculpatoria de Clavijero se pone de manifiesto en el hecho de que el número de textos antiguos que mencionan la covada es en realidad pequeño. Apolonio de Rodas se la adscribe a los tibarenos². Estrabón la atribuye a pueblos habitantes del norte de la península Ibérica, en donde ha existido realmente hasta tiempos recientes³. Diodoro Sículo (V. 14) la adscribe a los habitantes de Córcega.

La mención de la covada entre los autores propiamente clásicos se reduce al caso de estos tres pueblos, y la intencionalidad exculpatoria de Clavijero es clara.

También tiene un interés extraordinario el texto inmediatamente siguiente al que acabamos de mencionar, en el que Clavijero hace mención de la utilización de la orina por los indios de California, comparada con el uso que de ella hacían los antiguos celtíberos (p. 62): *Como no tenían lienzos con que cubrir a sus hijos, les barnizaban los tiernos cuerpecillos con carbón molido y orina fresca, para defenderlos de algúno modo de la intemperie del aire. Y no era éste el único uso que hacían de la orina, pues las mujeres se lavaban, y aún se lavan con ella la cara, imitando en parte el ejemplo de los antiguos celtíberos*.

La nota 21 hace referencia a la *Biblioteca de Diodoro: Urina totum copus perluunt, adeoque dentes etiam fricant* (V.33). esta costumbre de los celtíberos es también mencionada por Estrabón (III. 4. 16) y, entre los poetas, por Catulo (39. 17 ss.).

Una vez más una práctica observada en la Antigüedad y dada a conocer por autores grecorromanos es aducida para justificar una actuación similar de los indios. Aunque Clavijero no hace hincapié en ellos, está claro que para lectores españoles un elemento coadyuvante en la exculpación es el hecho de que el pueblo que en la Antigüedad ha observado tales costumbres haya sido el celtíbero, antecesor del español. La práctica de aducir, para una determinada argumentación, el testimonio de los etnógrafos clásicos relativo a los antiguos habitantes de la península Ibérica, la encontramos reiteradamente en los Cronistas. Así Las Casas, para subrayar la crueldad del trato infligido por los españoles a los indios en las minas, aduce los textos de Diodoro en que éste expone los sufrimientos de los trabajadores en las minas de la antigua Iberia.

A tenor de lo que llevamos visto no nos sorprenderá que un personaje mítico parezca mencionado como modelo. Así un jesuita, el Padre Juan

2. Cf. F. Vian-E. Delage, *Apollonios de Rhodes. Argonautiques I*, Paris 1976, p. 282.

3. Cf. M.^a José Meana-F. Pífiro, *Estrabón. Geografía*. Libros III-IV, Madrid 1992, p. 110 n. 265.

de Ugarte *en sentir del mismo padre Salvatierra, fue el Atlante y la columna de la California, y a él después de Dios se le debe la conversión de aquellas misiones* (p. 88).

Ya en la parte final de la obra menciona Clavijero un texto de Marcial que era citado como aforismo (p. 237): *los soldados con su mala conducta agravaban ordinariamente las penas de los misioneros; mas como por otra parte eran necesarios, se hacía preciso tolerarlos. El padre Ugarte solía aplicar a este propósito aquel verso de Marcial: Nec tecum possum vivere, nec sine te.*

Quizás de todos los pasajes clásicos aducidos por Clavijero el más interesante sea el recogido entre las *Adiciones* finales y dedicado a los *Experimentos y observaciones que sobre las culebras de la California hizo el padre Francisco Inamma, jesuita alemán y misionero en aquella península* (pp. 242 ss.). Aquí reencontramos, al igual que en el caso del texto de Plinio relativo al *ibex*, una equiparación entre la ciencia de los clásicos y el conocimiento natural de los pueblos primitivos. Un misionero alemán había sostenido que el efecto deletéreo de la mordedura de la víbora y otros ofidios no era debido al veneno, sino a la configuración del diente del reptil. A este respecto comenta Clavijero (p. 242): *Para refutar victoriosamente esta opinión tan improbable, desmentida por la razón y por la experiencia, bastaba lo que refiere Galeno de ciertos charlatanes de su tiempo, que se dejaban morder de las víboras sin sentir ninguna incomodidad grave, porque tenían cuidado de taparles con cierta pasta o con cera los agujeros de los colmillos por donde transmiten el veneno a la sangre. Aun antes de Galeno sabían esto los rudos africanos, entre los cuales se llamaban psylli los que se ocupaban en chupar el veneno de las mordeduras de las serpientes antes que se infestase la masa de la sangre.*

Galeno es aducido, en virtud de una tradición inveterada, como autoridad máxima en materia de medicina; pero una ciencia similar ha podido ser alcanzada por ciertos pueblos primitivos, como los *rudos africanos*.

Desde el punto de vista ideológico la obra de Clavijero comporta, básicamente, una reflexión acerca del primitivismo de los indios californios. Su estado, según el jesuita, era el de barbarie (p. 71): *Como los californios habían permanecido por el espacio de tantos siglos encerrados en su miserable península, privados de toda comunicación externa y sepultados en la más espantosa barbarie, no tuvieron noticia de los otros pueblos de la tierra, ni éstos la tuvieron de aquéllos hasta el siglo dieciseis en que la sed del oro, que llevó a los europeos a otros países del Nuevo Mundo, los impelió también a la California.* El jesuita subraya, sin embargo, que esta condición de barbarie no comporta los aspectos más paradójicos, como la covada (p. 62): *En la California no estuvo en uso*

aquella extravagancia común a muchos pueblos bárbaros de ambos continentes, de acostarse el marido en vez de su mujer cuando ésta paría.

Si alguna costumbre podía resultar especialmente chocante, como la práctica femenina de lavarse la cara con orina, se aducía la actuación en parte similar de los antiguos celtíberos (p. 62); si la costumbre en cuestión había sido observada por los antiguos habitantes de la península Ibérica, difícilmente sus descendientes podían reprochársela a los indios.

La actitud respetuosa de Clavijero hacia los indios se pone de manifiesto desde su primera presentación. Tras una exposición lo más favorable posible de sus orígenes, como ya hemos visto, leemos la siguiente presentación (p. 51): *Los californios son sanos, robustos y de buena estatura.* La presentación positiva de los rasgos físicos de la población aborigen había sido ya una preocupación de Colón. Pero en el siglo XVIII una frase como la que leemos es toda una declaración. Desde el s. XVI un componente recurrente en la visión degradante del indio es la presentación de una constitución física degradada, caracterizada en ocasiones por rasgos físicos feminoideos.⁴ Con carácter general la forma física del indio americano era presentada como inferior a la del español para permitir la aplicación de la doctrina aristotélica del dominio natural, que el estagirita extendía incluso al ámbito de la forma corporal (Arist. *Pol.* 12541)⁵: *La naturaleza quiere incluso hacer diferentes los cuerpos de los libres y de los esclavos: unos, fuertes para los trabajos necesarios; otros, erguidos e inútiles para tales menesteres, pero útiles para la vida política (ésta se encuentra dividida en actividad de guerra y de paz).* Es claro que, como señaló M.M. Gaylord⁶, *diferente*, en la terminología aristotélica, no es una expresión neutral, sino que la base fundamental de esta diferencia estriba en las categorías de superioridad o inferioridad.

La huella de esta doctrina la encontramos, por ejemplo, en un *Memorandum* presentado por el representante oficial de la comunidad minera de Nueva España en 1600 y recogido por D. de Armas Wilson⁷ en el que se afirma que los indios pueden ser llamados esclavos de los españoles de acuerdo con la doctrina de la *Política* de Aristóteles según la cual los que necesitan ser regidos y gobernados por otros pueden ser llamados sus esclavos; por esta razón la naturaleza dio a sus cuerpos las proporciones adecuadas para que puedan procurar servicio personal, mientras que a los españoles, por su parte, los dotó de un cuerpo delicadamente proporcionado, y los hizo prudentes e inteligentes, de modo que pudiesen llevar una vida política y civil.

4. Cf. A. Félix Bolaños, «Indians at the fringe of history», *JHP* 16, 1992, p. 148.

5. Traducción de M. García Valdés, Madrid 1988, p. 58.

6. «Spain's renaissance conquests and the retroping of identity», *JHP* 16, 1992, p. 127.

7. «Nepantla», *JHP* 16, 1992, p. 103.

En la frase de Clavijero *los californios son sanos, robustos y de buena estatura* es fácil detectar, de modo implícito, una polémica contra la doctrina aristotélica y su utilización por parte de los partidarios del sometimiento del indio americano. A esta misma tendencia responde probablemente la ausencia de comparación con los pueblos europeos.

Es más, en algún punto concreto, como en el tema, sobre el que ya antes hemos llamado la atención, del maná, la sabiduría natural de estos bárbaros primitivos ha resultado superior, en cuanto a conocimiento de la naturaleza, a la de los antiguos filósofos (p. 28): *en lo que se ve que, aunque bárbaros, pensaron acerca del origen del maná mejor que nuestros antiguos filósofos, que le tuvieron por rocío*. En materia de ciencia natural la realidad americana viene a confirmar el rigor de la descripción de Plinio (p. 46): *el tajé de la California es el ibex de Plinio y el bouquetin de Buffon*.

Esta actitud básicamente respetuosa hacia el primitivismo no se circunscribe al ámbito estricto de los californios, sino que se extiende al conjunto de los pueblos primitivos, como por ejemplo los *rudos africanos* que han alcanzado sobre la acción del veneno de las serpientes un conocimiento equivalente al que poseyó Galeno.

Esa misma postura respetuosa manifiesta Clavijero hacia la historia del pueblo californio, como ya hemos tenido ocasión de señalar.

Esta actitud de Clavijero hacia los pueblos indígenas es sin duda lo que llevó a León Portilla a decir⁸ que en su obra *se refleja el interés humanista de quien, a pesar de no haber estado nunca en esa tierra, sabe que hay mucho que decir acerca de ella. Le interesan su historia natural, las formas de vida de sus antiguos pobladores y la larga serie de fallidas exploraciones para presentar luego con más detalle la obra cultural de los jesuitas*. Observación justa, en relación con la cual hay que subrayar precisamente que la exaltación de la acción civilizadora de los jesuitas no ha llevado a Clavijero a exacerbar los rasgos de barbarie del pueblo objeto de la evangelización por su orden.

Esta visión globalmente positiva, y hasta noble, de la California primitiva por Clavijero es seguramente lo que le llevó a interpretar desde el latín la etimología misma del nombre de California, frente a la visión más difundida, y sin duda menos noble, que lo hacía derivar del de un personaje de novela de caballería. Este ennoblecimiento del nombre del territorio se hacía quizás especialmente necesario para compensar la visión desolada que Clavijero presentaba de su geografía, en lo que nuestro autor se inscribía en la tradición jesuítica que había dado lugar a la imputación de que los propios jesuitas habían procurado desacreditar el cli-

8. En p. XX de la *Introducción* a la obra que citamos en n. 1.

ma y terreno de California, para ocultar a la corte sus designios y operaciones (cf. p. 5).

El mismo León-Portilla ⁹ recoge con aprobación la valoración, muy difundida, de esta obra como *clásica*. Tal adjetivo creemos que el texto de Clavijero lo merece sobradamente. Ante todo porque en su obra pone de manifiesto un buen conocimiento tanto de la cultura clásica como de la lengua latina; no hemos de olvidar que nuestro autor escribió una obra en latín ¹⁰. De la *Historia de la antigua o baja California* se deduce un buen conocimiento de la obra de Plinio, y también de la de Diodoro. El estudio que aquí hemos desarrollado confirma la impresión, que se deduce del manejo de otras fuentes, de que la primera Péntada de la *Biblioteca histórica* de Diodoro ha constituido un texto fundamental desde el Renacimiento en la conformación de la ciencia etnográfica europea. La obra de Clavijero nos permite confirmar que esta vigencia de Diodoro permanece incólume en el s. XVIII. Es interesante que para el pasaje etnográfico de p. 62, en el que aparecen dos referencias al mundo antiguo, los dos textos aducidos en las notas sean en ambos casos textos diodoreos, cuando las costumbres reseñadas en ambos pasajes podían ser iluminadas también con textos de Estrabón.

La obra de Clavijero es clásica, sobre todo, por el marcado equilibrio que la caracteriza. No nos sorprende leer ¹¹ que en su otro escrito, la *Historia antigua de Méjico*, hay ya un sentimiento nacional que se apoya en lo indio, lo que explica en gran parte el éxito de que su obra gozó en el Nuevo Mundo. Una actitud en buena medida similar cabe detectar en la *Historia de la antigua o baja California*.

9. En p. XXXI de esa misma *Introducción*.

10. En p. IX de dicha *Introducción*.

11.F. Esteve Barba, *Historiografía indiana*, Madrid 1964, p. 210.